

¿Hay alternativas políticas



JOSE CLEMENTE OROZCO

Por CARLOS GABETTA *

Una encuesta reciente de la televisión pública británica BBC World Service, llevada a cabo en 27 países, ha revelado que sólo el 11% de las 29 033 personas interrogadas piensa que la economía capitalista funciona correctamente. Más del 45% de los encuestados creen que es menester “regular o reformar el capitalismo”. Y el 23% (en Francia, el 43%) estima que hay que cambiar de sistema (1).

¿Por qué el capitalismo se ha vuelto tan impopular? Entre otras razones, porque en la presente etapa del capitalismo, cualquier aumento de la productividad

destruye puestos de trabajo. Los bienes, producidos en mayor cantidad y más rápidamente gracias a modernas tecnologías, se ofrecen en un mercado cada vez menor en términos de poder adquisitivo, a causa del desempleo. Como la tasa de ganancia del capital tiende a disminuir, las empresas intentan disminuir costes reduciendo el número de asalariados o deslocalizando (traslado de la producción a otros países). El principal objetivo de las deslocalizaciones son los salarios más bajos y menores requisitos impositivos, sociales, ambientales, etc.

En esta etapa de su evolución, el capitalismo sólo crea mercados efímeros, porque su tendencia objetiva es achicarlos. Desde el fracaso del socialismo autoritario de Estado en la Unión Soviética, esta lógica interna del capitalismo se ha expandido hasta alcanzar vigencia planetaria (2). El otro gran ensayo “progre-

sista”, China, es hoy una extraña mezcla de viejo autoritarismo comunista y de capitalismo ultrasalvaje, y además protagonista del entramado del sistema dominante en su condición de principal titular de bonos del Estado de Estados Unidos, su primer cliente comercial.

La razón por la que el sistema capitalista no logra salir de esta crisis no es la incompetencia de los capitalistas. Ocuere que se trata de un fenómeno objetivo que opera en la lógica interna del sistema y anuncia el final de una época. El capitalismo debe cambiar, mutar en su esencia. Quién o quiénes lo harán, cómo se hará, en cuánto tiempo, con qué consecuencias, son los interrogantes a responder. Hacia dónde acabará mutando el sistema —una mayor destrucción, o un salto cualitativo; ambas posibilidades están abiertas— constituye el actual desafío histórico de la humanidad.

Por ahora, y por todas partes, sólo se observan desesperación, encono, polarización. También el despunte de nuevas organizaciones sociales, de nuevas propuestas políticas. De diversas formas de

expresión de “nuevos” sectores de clase —desocupados, marginales, inmigrantes, bandas juveniles, crimen organizado, sectas religiosas— que buscan su lugar en esta nueva etapa de la lucha de clases.

Hace cuatro décadas, cuando explotó el desarrollo tecnológico y científico aplicado a la producción, su primer efecto fue un progresivo debilitamiento del empleo, de la afiliación sindical y un gran fervor financiero. En los países desarrollados, los trabajadores que quedaban en la calle seguían cobrando parte de su salario por un par de años, se acogían a planes de reciclaje y esperaban un nuevo empleo. Los trabajadores en activo recibían todo tipo de ofertas de crédito. De este modo, los efectos en el consumo apenas se notaban. En los países subdesarrollados se empezaba a recibir el beneficio de las deslocalizaciones. Los mercados se ampliaban por el doble efecto de los salarios, los préstamos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el flujo de la especulación financiera transnacional. Las sociedades capitalistas iniciaban una vertiginosa etapa de consumo

basada en el endeudamiento que concluyó con la explosión global de 2008.

Durante este periodo, la globalización económica y la especulación financiera fueron para el sistema tanto el escape hacia adelante como un recurso para disimular una crisis estructural de la demanda mediante la creación de una demanda artificial.

Pero, por otro lado, la presión para reducir costes empezó a crecer. La variante salarial bajo relativo control, los principales costes, desde el punto de vista del capital, eran los altos impuestos y cargas necesarios para mantener el Estado y el andamiaje social desarrollado durante las tres décadas de crecimiento económico real (1945-1975).

El capitalismo atacó entonces con éxito el poder regulatorio y distributivo del Estado y las conquistas sociales, provocando a la larga menos demanda y mayores desigualdades. La expresión política de este periodo, en los países en vías de desarrollo, fueron las dictaduras militares; en EE UU: el conservadurismo neoliberal; y en Europa: los ilusorios

¿“DESDE DENTRO”

Cómo hacer hoy

Por CARLOS DE LA ROSA *

“Yo no soy comunista”. Fidel Castro, 1959.

El pasado mes de octubre, el político progresista belga Eric Toussaint publicó un artículo titulado “Los movimientos de izquierda pueden llegar al gobierno, sin embargo, no consiguen el poder” (1) en el que exponía las dificultades e incertidumbres del binomio Pueblo-Poder, particularizando su análisis en los movimientos de izquierda que se están llevando a cabo en Ecuador, Venezuela y Bolivia. Las medidas propuestas por Toussaint en ese artículo para el desenvolvimiento de la democracia en Suramérica se han convertido en la enfermedad crónica de los programas políticos de la izquierda europea. A saber: que, ya que “el pueblo no tiene capacidad de tomar el poder económico si antes no accede al gobierno, (...) es fundamental la relación interactiva entre los gobiernos de izquierda y el pueblo”; que el pueblo debe presionar al gobierno si éste no crea las estructuras necesarias para la aparición y desarrollo del poder popular; que un gobierno de izquierdas “debe acabar con la propiedad capitalista de los grandes medios de producción, de servicios, de comercio y de comunicación”, reforzando a su vez “la propiedad cooperativa, la propiedad colectiva”, etc.

Resulta lógico pensar que, dado que la formación social de los países del Sur es diferente a la de los países desarrolla-

dos, también las formas de abordar sus problemas deberían ser diferentes. Pero parece que los partidarios de la izquierda marxista en Europa no han sabido integrar a su imaginaria política los nuevos elementos que los partidos burgueses han favorecido desde hace bastantes décadas. Estos “nuevos” elementos son, utilizando el lenguaje de la propia burguesía: la clase media y el principio de inclusión.

La extensión a casi toda la sociedad de la asistencia sanitaria, de la educación básica obligatoria, de los avances tecnológicos en materia de comunicación, de la renta mínima, del crédito y de la vivienda en propiedad, además de hacer a los no ricos partícipes de los beneficios del sistema (con las consecuencias ideológicas que ello conlleva), ha diluido los pronunciados antagonismos sociales y políticos de antaño en eso que llaman, con inexactitud, “conciencia colectiva de la clase media”.

Las sociedades occidentales desarrolladas se caracterizan, quizás por esas mismas razones, por la desmovilización política, la apatía sindical y el desinterés por la cosa pública. Los requisitos necesarios para que no se den las condiciones subjetivas de concienciación hacia el cambio de orden económico, social y político de una manera activa y “desde abajo” son intrínsecas a los llamados países desarrollados. La equivocación más sonora de Karl Marx es que nunca se ha llevado a cabo una revolución socialista en un país capitalista avanzado. Y cuando se intentó (la Comuna en Francia, los espartakistas en Alemania, la “revolución” de Asturias en España) fue un fracaso. Por lo que, sin negar que pueda ocurrir algún día, sería

preferible buscar nuevas formas para el control de los aparatos del Estado.

Dos preguntas aparecen aquí inexorablemente: la primera es si el poder político debe controlarse antes o después de la conquista del Estado, o dicho de otra forma, si es necesario llegar al gobierno para controlar el Estado. Y la segunda es si algunos principios en los que se asienta el sistema burgués son válidos y por tanto pueden usarse, o si se deben crear otros nuevos que aspiren a sustituirlos.

Para responder a la primera pregunta obviaremos el método convencional, que predica como requisito *sine qua non* la llegada al gobierno para el inicio de construcción de un nuevo Estado, pues ese método ha sido ya probado en múltiples ocasiones con dudosos resultados.

Las instituciones burguesas no son despreciables sólo por estar insertas en el marco del capitalismo y trabajar para su mantenimiento. Partimos del principio de que los aparatos y mecanismos de gobierno propios del capitalismo son neutros. Su orientación les viene dada, generalmente, por los componentes que los forman y dirigen: las personas y su propia ideología más o menos afín a la concepción aceptada por la mayoría. Si estas personas no actúan de acuerdo con lo que se espera de ellas, el sistema se orientaría de manera diferente; o aún más, si la orientación de estos aparatos fuera definida por personas de antemano discordantes con el pensamiento dominante, la orientación también sería otra.

Los marxistas se lamentan una y otra vez de la naturaleza de los aparatos creados para la salvaguarda del sistema dominante. Y en lugar de actuar allí donde más eficazmente pueden hacer que esa

naturaleza sea otra, es decir, dentro de esos aparatos, conciben su “aparato ideal” fuera de la maquinaria estatal realmente existente y por la que se rige la amplia mayoría de la población. Actuando así, los marxistas se automarginan y se alejan, voluntaria y erróneamente, de la mayoría de los ciudadanos. Con una consecuencia: su política queda totalmente desconocida.

Para que sea realmente útil, la transformación de un sistema económico, político, social y cultural de un país moderno y avanzado, debe hacerse “desde dentro” o no puede hacerse. Cabe preguntarse entonces si no estarán equivocados aquellos que aspiran, en la España y la Europa actuales, a una revolución al margen de las instituciones públicas, “desde abajo” hecha por las masas conducidas por uno o varios partidos políticos dirigentes.

Todavía son pocos los marxistas que están estudiando, en este momento, en la Escuela General Militar de Zaragoza o aspirando a ocupar la Jefatura del Estado Mayor de la Defensa. Pocos también los marxistas teólogos en la Universidad Pontificia de Salamanca que quieren llevarse el Dios de la Roma de mármol a las favelas latinoamericanas de barro y de latas. Pocos los rectores de Universidad que entiendan su trabajo académico-administrativo como parte de su militancia comunista. Pocos los presentadores de informativos de las grandes cadenas de televisión o los directores de los periódicos de mayor tirada nacional que aspiren, con el uso de la verdad informativa, a cambiar la naturaleza del sistema. Pocos los marxistas en los grandes partidos políticos con aspiraciones a dirigir los Ministerios de Economía, In-

terior o Fomento. Pocos los marxistas opositores a magistrados, aspirantes a ocupar, veinte años más tarde, el Tribunal Supremo o el Tribunal Constitucional. El cambio, inevitablemente, no llegará sino gracias al desvío del poder civil y de aquellos centros de poder pertenecientes al Estado o cercanos a él que dejan cierto margen de actuación y de maniobra, en los que se podrá ir desarrollando lentamente la nueva opción.

Para tratar de responder a la segunda pregunta, si los principios burgueses son válidos o habría que cambiarlos, debemos preguntarnos primero si esos principios son convenientes y para quién y, seguidamente, si esos principios se están aplicando.

A nadie se le escapa que los principios del liberalismo político promulgados en las revoluciones burguesas del siglo XVIII son abstracciones fácilmente comprensibles por la mayoría, por lo tanto asumibles por el lenguaje popular. Nadie rechazaría de antemano estos principios básicos convertidos en derechos fundamentales, tales como la libertad (de prensa, de reunión, de expresión, etc.), la inviolabilidad (del correo, de la propiedad privada familiar, de la integridad física), o la igualdad. La duda surge cuando esos mismos principios se tambalean y no queda claro si fueron promulgados para aplicarse realmente, y para aplicarse a quién.

En noviembre de 2004, el ex presidente del gobierno español José María Aznar pronunció un discurso recordando la caída del muro de Berlín: “(...) Eso es lo que fracasó el 9 de noviembre de 1989. Todos aquellos que creían y continúan creyendo que la igualdad es más importante que la libertad también fracasaron.

* Universitario.

EN CUESTIÓN

para salir de la crisis?

esfuerzos de la socialdemocracia por "reformular" el sistema. Sus personajes emblemáticos: Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Felipe González, François Mitterrand, Tony Blair, Gerhard Schröder.

El neoliberalismo acabó por desembocar en la grave crisis planetaria actual. Ahora, la "salida de la crisis", anunciada a los cuatro vientos, presenta como únicos números rojos... la deuda pública y el empleo (3). Y todo parece indicar que, una vez más, el capitalismo obedece a su lógica interna: trata de recuperar la tasa de ganancia allí donde esa lógica acabó llevándolo, la especulación: "La configuración actual se parece a la de los años 1970: bajo crecimiento; bajos tipos de interés; aumento del precio de las materias primas. Esto confirma, una vez más, que los inversores han perdido el sentido de la realidad" (4).

De este modo, la salida de la gravísima crisis mundial es todo menos una certeza (5). No obstante, la pregunta clave es cómo quedará conformado el mundo en la hipótesis de una resolución exitosa con los medios tradicionales. Con escasos matices, la estrategia adoptada tiene dos pilares: la transferencia de los quebrantos privados al sector público, y la confianza en una "reactivación del consumo". El primero está provocando un endeudamiento público tal que podría causar el estallido de una megaburbuja (6). El segundo no se sustenta en lógica alguna. Todas las empresas que parecen salir de la crisis lo hacen "racionalizando", es decir, suprimiendo puestos de trabajo. Y esto en el mejor de los casos; en el peor, se torna a métodos de explotación decimonónicos: en España, último "milagro" europeo, el 30% de los inmigrantes, al-

rededor de un millón de personas, trabaja en negro (7).

O sea que el sistema continúa operando con su propia lógica interna. Y si bien es posible que continúe un largo tiempo generando destellos, ¿en qué se convertirá el mundo? ¿De qué vivirán sectores cada vez más amplios de la población planetaria? ¿Cómo resolverán los empobrecidos Estados los problemas derivados de la indigencia masiva? Aún no hemos visto casi nada en materia de indigencia estatal, pero ya, en el Reino Unido, "más de 4 000 bebés nacieron el año pasado en ascensores, oficinas o baños (...) por falta de obstetras o de camas en los hospitales" (8). En cuanto al empleo, Alemania parece salir de la recesión, pero "se teme que a finales de este año haya un millón más de desocupados" (9). En Estados Unidos la cifra oficial de desempleo es el 9,4%, pero Dennis Lockhart, responsable de la Reserva Federal en Atlanta, aclaró que "si se toman en cuenta los trabajadores 'desalentados' (que dejaron de buscar empleo) y aquellos que trabajan menos horas de las que necesitan, la tasa de desempleo real sería del 16%" (10).

La implacable continuidad del problema en la economía real implica su contracara política: la generalización de crisis, más o menos larvadas o en pleno desarrollo. Hasta tal punto el sistema no tolera trabas a sus necesidades, que el menor anuncio de reformas suscita reacciones violentísimas. Después de haber salvado al sector financiero con billones de dólares de los contribuyentes, el presidente Barack Obama se está haciendo tratar de "comunista" y hasta de "nazi" por algunos medios de comunicación y una parte de la clase política, a causa de

su propósito de crear un seguro médico universal de Estado que costaría la enésima parte de lo que costó el salvamiento financiero. La prueba de que la crisis política se instala es la asombrosa decisión del presidente Obama de excluir a la cadena neoconservadora *Fox News* de sus conferencias de prensa, a causa de la virulencia y del tono de sus ataques. Un periodista estrella de la *Fox* critica al Presidente y su gestión con un vocabulario que afecta la dignidad presidencial y... esgrimiendo un bate de béisbol (11).

Se puede opinar distinto sobre este hecho en sí; pero no sobre lo que expresa como tal: la imposibilidad de resolver conflictos en el marco y con las maneras políticas que hasta ahora han funcionado. "La polarización es adictiva; el crack de la política: una sensación breve e intensa que el sistema ansía experimentar una y otra vez, hasta que comienza a desmoronarse. La exacerbada división entre 'derecha' e 'izquierda' en EE UU viene de una pérdida de la realidad. Ya no se corresponde con la manera como la mayoría de los votantes responde a los políticos o ve sus propias necesidades" (12).

Existe la idea de que los únicos afectados por la crisis económica son las llamadas clases populares. Pero a la desocupación crónica debe sumarse el hundimiento de la pequeña clase media, la desaparición del pequeño y mediano comercio y el deterioro salarial en el sector servicios. La concentración empresarial y el estancamiento o disminución de los salarios medios y del ingreso profesional, afecta por su parte a las capas media y alta. Esta nueva realidad, un presente desconcertante y sin futuro, desestabiliza la estructura tradicional de millones de familias (13). España, por

ejemplo, "vive el drama de una generación que termina su carrera sin apenas perspectivas de trabajar" (14). Los asombrosos 25 suicidios de trabajadores en menos de dos años en France Telecom, un sector laboral hasta hace poco considerado de privilegio, no sólo obedecen al deterioro salarial, sino al despótico estilo de gestión de los "recursos humanos": cadencias infernales; intempestivos cambios de horario o de lugar de trabajo; recorte de los beneficios sociales (15).

En la relación empresa-asalariado, las tradicionales "relaciones laborales" implicaban una noción de igualdad entre el capital y el trabajo en el sector de la producción, al menos en la negociación del contrato. Los trabajadores equilibraban la desigualdad individual frente al empleador mediante la negociación colectiva, sindical. La noción moderna de "recursos humanos" implica, en cambio, un retorno a la negociación individual, al contorneo o simple prohibición del sindicato; a la negación de la posibilidad de conflicto por parte de la empresa. Es, además, una confesión empresarial: los trabajadores ya no son personas que participan de un emprendimiento en determinadas condiciones, sino un "recurso" más, del que la empresa se sirve como de cualquier herramienta o materia prima, sin consideración por su esencia humana.

¿A qué alineamientos sindicales y políticos conducirán estas luchas, esta nueva configuración de clases? La derecha capitalista, por su parte, encuentra dificultades en todo el mundo para ordenarse detrás de un proyecto político. Basta ver el descrédito de los "neocons" estadounidenses, que condujo a un vuelco electoral masivo hacia las propuestas renovadoras de Barack Obama, o los escándalos de corrupción que sacuden a la derecha española, para comprobarlo. Son sólo ejemplos, pruebas de esta fase de implosión y desconcierto general.

Las crisis políticas y sociales del momento actual podrán ser más o menos extremas, más o menos incipientes o en desarrollo, pero todas expresan una suerte de girar en redondo, como si a nadie, ni a la derecha ni a la izquierda, se le ocurriese otra idea que ensayar con los mismos métodos que provocaron la crisis. En ciertos países —particularmente latinoamericanos, como Venezuela, Bolivia y Ecuador— se ensayan cambios políticos y sociales con entusiasmo, decisión y apoyo popular, pero aún distan de conformar un proyecto alternativo claro y consolidado al modelo dominante.

El capitalismo y la democracia representativa están en cuestión. ■

CARLOS GABETTA

© LMD EDICIÓN CONO SUR

- (1) *L'Humanité*, París, 10 de noviembre de 2009.
- (2) Ignacio Ramonet, "Una ocasión perdida", *Le Monde diplomatique en español*, noviembre 2009.
- (3) *Le Monde*, París, 18 de octubre de 2009.
- (4) *Le Monde*, París, 17 de octubre de 2009.
- (5) Laurent Cordonnier, "Recuperación económica, la gran ilusión", *Le Monde diplomatique en español*, noviembre de 2009.
- (6) Joaquín Estefanía, "Prudencia, pero todavía no", *El País*, Madrid, 29 de junio de 2009.

- (7) *El País*, Madrid, 29 de junio de 2009.
- (8) *Clarín*, Buenos Aires, 27 de agosto de 2009.
- (9) *Clarín*, Buenos Aires, 26 de agosto de 2009.
- (10) *Le Monde*, París, 27 de agosto de 2009.
- (11) *El País*, Madrid, 26 de octubre de 2009.
- (12) Léase Robert Hughes, *La Cultura de la Queja*, Anagrama, Barcelona, 1995.
- (13) *El País*, Madrid, 25 de octubre de 2009.
- (14) *El País*, Madrid, 5 de noviembre de 2009.
- (15) *El País*, Madrid, 21 de octubre de 2009.

O "DESDE FUERA"?

la revolución

Aquellos que no creen en la capacidad del ser humano de encontrar la felicidad con sus propios recursos y habilidades fracasaron. Aquellos que no creen que una sociedad donde cada individuo encuentra su propia prosperidad es aquella donde todos sus miembros son más prósperos —incluyendo a los que se rezagan— fracasaron. En pocas palabras, todos los que desconfían del libre mercado, del derecho a la propiedad y de la iniciativa individual fracasaron. Por eso muchos prefieren no darse por aludidos el 9 de noviembre" (2).

La Constitución española de 1978 establece en su artículo primero que "España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político". El artículo 9 afirma que "corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas"; y el artículo 14 dice: "Los españoles son iguales ante la Ley".

Las alusiones al derecho de igualdad en todas las Constituciones modernas no sólo son múltiples, sino que este derecho aparece como una de sus bases estructurales. Que un ex presidente de gobierno dude sobre la viabilidad y compromiso de ciertos principios democráticos hace pensar que quizá éstos escondan más de lo que muchos habían imaginado, y que sea una labor primordial del marxismo conseguir dichos derechos como inicio de una labor revolucionaria "desde dentro" habida cuenta de los beneficios que los ciudadanos podrían obtener de ellos.

El peso de los derechos básicos y fundamentales involuciona a un ritmo inusual hasta ahora. La realización plena e inexcusable de las consignas que encabezaron la Revolución francesa de 1789 siguen siendo hoy, para socialistas y marxistas, un arma revolucionaria. Por eso es necesario arrancarle a los ideólogos del neoliberalismo una retórica política que no aplican, en la que no creen, pero que sigue instalada en la "conciencia colectiva de la clase media" como deseable.

La justicia social es un "agujero negro" también en los países más industrializados, y antes de buscar nuevas bases para su consecución sería conveniente hacerlo por las formas que constan como válidas, es decir, por los medios preestablecidos y aceptados por la sociedad.

La única manera de que el proyecto marxista no siga siendo visto como extemporáneo e irrealizable es fundiéndose con el sistema, penetrando sigilosamente en él y poniendo a andar la maquinaria del Estado hacia una nueva finalidad. Legitimando de esta forma unas reivindicaciones que, de otra manera, aparecerían como hostiles a la ideología dominante. Sólo así, "desde dentro", el mayor número de ciudadanos se implicarán, voluntaria e irreversiblemente, en el proyecto saludable de derribar el viejo orden. ■

CARLOS DE LA ROSA

© LMD EDICIÓN EN ESPAÑOL

- (1) www.rebellion.org/noticia.php?id=93687
- (2) A los amigos de la libertad. Discurso del ex presidente Aznar, el 9 de noviembre de 2004, en la Atlas Economic Research Foundation (Washington) al cumplirse el XV aniversario de la demolición del Muro de Berlín.

El estado del mundo

2010



El estado de las relaciones internacionales

El estado de la economía mundial

El balance del año de 214 países del mundo

¡Seguramente el mejor anuario económico geopolítico mundial!

El estado del mundo 2010 combina la edición habitual en papel con los múltiples recursos que ofrece internet. Desde www.akal.com el lector podrá acceder a:

- Todas las estadísticas demográficas, económicas y sociales relativas a los conjuntos regionales, mundiales o individuales de cada país desde el año 2000.
- Balances sobre la población, la educación, la economía... de los 25 países más destacados del panorama mundial desde 1984.
- Bibliografía y direcciones en internet que complementan la información no sólo de las estadísticas, sino también de los artículos y balances que se ofrecen en la edición en papel.

